

## Reseñas de libros

*Romancero*, edición, estudio y notas de Michelle DEBAX, Madrid, 1982, 428 p. (Colección Clásicos, 22).

El libro reseñado comprende un extenso estudio preliminar (pp. 3-131); una importante bibliografía (pp. 132-145) que reúne y completa las obras citadas en las numerosas notas que, a pie de página, acompañan el texto; unas precisiones sobre los criterios de edición (pp. 148-151); una selección de 92 romances (pp. 152-420); un índice de títulos (pp. 421-425); un índice de primeros versos (pp. 426-428).

El estudio preliminar de sumo interés no propone una nueva tesis sobre el Romancero, sino que trata de ofrecer una síntesis de las diversas aportaciones a veces contradictorias sobre el tema. La profesora Débax examina detenidamente los puntos siguientes: ¿qué es un romance? (pp. 3-9); Historia (pp. 10-55); Geografía del Romancero (pp. 56-62); Autor-transmisor (pp. 63-78); Función del romance (pp. 79-88); Materias (pp. 89-92); Forma (pp. 93-131).

Durante el seminario sobre el Romancero en el último Congreso Internacional de Hispanistas en Venecia (1980) las polémicas entre "campeones" de diferentes corrientes no permitieron un consenso clarificador. La recurrencia en la introducción de la investigadora de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, de expresiones como "materia enrevesada", "enmarañada", "embrollo" es bastante significativa, a la vez en cuanto a la materia tratada y a las discrepancias de opiniones. Pero, afortunadamente, su estudio, caracterizado por la lucidez, la erudición y la falta de prejuicios pone de manifiesto la complementariedad de los enfoques. Representa pues una actualización de las investigaciones, una clasificación, a partir de los análisis más tradicionales hasta los más recientes, y un convite atractivo a una nueva lectura y una nueva "audición" de los romances revividos.

Después de examinar esmeradamente todos los estudios importantes e incorporar también otros más puntuales pero no menos pertinentes dedicados a las teorías sobre el Romancero, Michelle Débax insiste sobre la atención que es imprescindible prestar a los varios niveles de narración, al juego de las versiones múltiples de numerosos romances, con la búsqueda de sus causas lingüísticas, sociales y simbólicas. Así, pues, el Romancero no se presenta como monumento venerable ofrecido a nuestra admiración sino como estructura abierta: su conocimiento puede salir enriquecido por el interés constante de los investigadores que saben unir a la pasión y a las intuiciones a veces geniales de los primeros estudiosos del romancero el rigor y las técnicas de los métodos científicos de los que hoy día podemos valernos.

Rigor, complementariedad, atención prestada a la vida caracterizan también los criterios de selección de los romances de la presente edición. Michelle Débax reúne en esta antología textos de los siglos XV y XVI pero también romances modernos que "bien derivan de romances conservados por la imprenta en el siglo XVI, bien se conocen únicamente por la recolección moderna, aun cuando para muchos de ellos se sabe que existían en el siglo XVI por alusiones a citas" (p. 148).

Van agrupados según la clasificación siguiente : romances épicos (20), romances carolingios y caballerescos (13), romances históricos (19), romances bíblicos (3), romances clásicos (3), cautivos y presos (6), vuelta del esposo (3), amor fiel y amor más allá de la muerte (4), esposa desgraciada (3), mujer adúltera (3), mujeres matoradoras (2), raptos y forzadores (1), incesto (2), mujeres seductoras(3), mujeres seducidas (3), varias aventuras amorosas (4), romances religiosos (2).

En varios casos figuran diferentes versiones de un mismo romance, como los que versan sobre Fernán González, Jimena, el rey moro que perdió Valencia, el príncipe de Portugal, Abenámbar, Arnaldos, Gerineldo. Un asterisco permite reconocer los romances de procedencia oral. La investigadora transcribe los demás a partir de las reediciones modernas más fidedignas (facsimil o reproducción escrupulosa de la edición *princeps*). El origen del texto va siempre señalado con precisión. Notas históricas, bibliográficas y explicaciones acompañan cada romance. La presentación es muy esmerada : sólo hemos notado una repetición (pp. 18-19, sobre Rodríguez-Moñino) y un error en una llamada de nota (p. 86, nota 45 en vez de 17).

Nos es grato decir nuestra admiración por esta edición, a la vez instrumento de trabajo y de placer. No merece más que elogios y tendrá de aquí en adelante su debido sitio en toda bibliografía sobre el Romancero.

Christiane FALIU-LACOURT

\*

José María López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979, 511 p.

Hay unos libros que merecen integrar la librería de cualquier hispanista. Ello ocurre con el trabajo monumental de José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina en la

Universidad de Valencia. En más de quinientas páginas, el autor nos proporciona un panorama de la evolución científica en España y lo cierto es que la amplitud del período abarcado requería tal volumen.

La obra consta de dos partes, dedicada la primera al siglo XVI y la segunda al siglo XVII; pero, más que todo, en ella se "intenta ofrecer una imagen de conjunto de la actividad científica que se desarrolló en la sociedad de los siglos XVI y XVII", según dice el propio autor, agregando, con referencia a P. Vilar, que se trata de escribir "una historia total".

López Piñero empieza con un examen de las concepciones históricas y, con total objetividad, analiza, en cuanto al caso español, las tesis pesimistas y triunfalistas, rectificando algunas ignorancias como la de M. Boas que "no tiene noticia de que la imprenta se introdujo en nuestro país en 1472, antes que en Inglaterra y en los Países Bajos".

Las definiciones y atribuciones de las ciencias reseñadas en el primer capítulo (1ra parte) resultan muy interesantes y muestran la dificultad, para ciencias como la medicina, de eximirse de los esquemas de la Antigüedad (platónicos y aristotélicos) en el siglo XVI. En la Edad Media, la revolución científica desembocó en descubrimientos prácticos como el molino de viento, y el molino hidráulico. En cambio, el divorcio entre teoría y práctica en el siglo XVI procede de la presión ejercida por la cultura clásica, monopolizada por una minoría que despreciaba el trabajo manual. El discurso científico no puede ser sino deductivo, siendo la práctica no una prueba sino mera ilustración del postulado. Estamos conformes con estos planteamientos, con esta limitación: los adelantos prácticos de la Edad Media fueron confiscados (el caso de los molinos, salvo tal vez en Castilla la Vieja, es conocido) por aquellos que no los habían inventado; la Edad Media, como en el siglo XVI, la ciencia está sujeta a la coacción de una minoría.

El segundo capítulo nos presenta la posición social de los cultivadores de la ciencia, quienes pertenecían a los estratos medios urbanos. Los nobles no fomentaban las ciencias; en cambio sí el poder real, la Iglesia y los municipios. López Piñero puntualiza muy bien como mediante este fomento se ejerce un control social (interés por las pesas y medidas, por los aspectos cuantitativos de la población). Por ejemplo, el poder real interviene desde 1523 en la geografía y la cartografía. Por otra parte, la Casa de Contratación en Sevilla es un centro de ciencia aplicada y de formación profesional.

El autor muestra como la idea de razón va afirmándose frente

a la autoridad de los clásicos. Desde este punto de vista —y el libro de López Piñero lo demuestra en muchas de sus páginas—, la aportación principal del continente americano fue la de proporcionar campos de investigación que no conocieron los clásicos, y consecuentemente la de contribuir a la formación de la ideología científica del progreso. Es útil saber que las dificultades con las que se enfrentaban las ciencias no se planteaban tan esquemáticamente como lo creen algunos. Las universidades trataban de adoptar actitudes abiertas. Así es como la Universidad de Salamanca fue, según López Piñero, la única en Europa que incluyó a Copérnico en sus constituciones durante el siglo XVI (1551-1560), si bien no se concretó la enseñanza por falta de formación del cuerpo docente.

Más concretamente nos presenta López Piñero la evolución de cada ciencia y es cierto que, en este aspecto, el carácter enciclopédico de su libro es de suma importancia para el investigador. Geografía, matemáticas, medicina, arte de navegar, anatomías, etc.: resulta muy difícil restituir, en el breve espacio de una reseña, la impresión de profusión y vida que se desprende de la lectura de este estudio. López Piñero nos comunica el inventario de las grandes bibliotecas particulares como la del arquitecto Herrera. También hace eco a las controversias científicas de la época, destacando la influencia del Llulismo y de Paracelso. Ciertas páginas de la primera parte subrayan la originalidad particular de tal o tal ciencia. Tal es el caso con las ciencias naturales que, merced a la conquista de América, dan gran salto adelante, debido a que los españoles tenían que adaptarse a nuevas condiciones con el consecuente estudio del nuevo entorno. Así es como apreciamos en las páginas 283-284, la fantástica lección de ecología sobre las costumbres del oso hormiguero sacada del *Sumario de la natural historia de Indias* (1526) de Fernández de Oviedo. Por otra parte, por ser el autor especialista en la historia de la medicina, dedica bastantes páginas a este arte. Es cierto, también, que el peso de la medicina, como lo apunta el autor, era mayor en aquel entonces que ahora. Pero el caso es que existían centros fundamentales como, para la disección, la Universidad de Valencia y el Monasterio de Guadalupe, por los años de 1550. También fue esta rama teatro de controversias y López Piñero nos describe muy claramente el enfrentamiento entre el movimiento vesaliano y el galenismo. Con estos capítulos se nos hace más obvia esta verdad, que en ciencias, como en muchos campos, no hay adelanto sin enfrentamientos.

La segunda parte, más breve, estudia la evolución de las ciencias en el transcurso del siglo XVII. Nos demuestra aquí López Piñero la radicalización de las barreras que aislaron la actividad científica española. Todo lo que puede perturbar el orden establecido está sujeto a una represión ineludible. Las tres cuartas partes

de los científicos figuran en índices como sospechosos. Signo de esta evolución es el cambio de actitud ante la obra de Paracelso : en 1584, sólo se expurgaron algunas páginas de su *Chirurgia Minor*, mientras que en 1632, se le califica de "Lutheranus" y se prohíbe o expurga toda su producción. Esta intolerancia más afirmada en la primera mitad del siglo XVII (recordemos la fecha de la expulsión de los Moriscos) se explica en parte por los desastres de la política exterior y especialmente los desastres militares. El país intenta reforzar su cohesión nacional interna inventándose enemigos internos y víctimas propiciatorias. Para algo sirvieron los intelectuales. A esta confusión entre ciencia y heterodoxía se debe el atraso de España ante las luces científicas. La renovación científica no alcanza realmente a España --más precisamente a Aragón y Cataluña-- antes de 1680. Aunque el conservatismo no sea cosa privativa de la península (véase el conflicto entre la Universidad de París y la "Academie des Sciences"), las verdaderas luces proceden del extranjero, de Italia, por ejemplo, particularmente en lo que toca a la medicina, por medio de protagonistas como Giambattista Giovanini, cirujano milanés. A los focos anteriormente citados es de añadir el de Valencia, que el autor conoce muy bien; Lo importante de este último período, esto es el final del siglo XVII, es más que todo la refutación ya abierta de la autoridad de los Antiguos, el rechazo del dogmatismo y comprendemos que la medicina fuera más que ahora una ciencia clave en un momento en que se trataba de introducir la noción de ciencia experimental. Con las limitaciones apuntadas, los españoles tienen algún retraso en la renovación científica, del que algunos tienen plena conciencia. Sin embargo, dicha renovación influyó en una mutación importante de la ciencia : la transformación de la técnica en ciencia aplicada.

Todo este panorama resulta globalmente interesantísimo. En cuanto a los datos cuantitativos que presenta el autor, constituyen verdaderos censos de la actividad científica. Mencionaremos algunos de ellos : p. 57 : "Áreas cultivadas por los españoles con ocupaciones sin relación obligada con la ciencia (1481-1600)"; p. 59 : "Localidades en las que residieron los cultivadores de la ciencia en España (1480-1600)"; p. 61 : "Distribución por lugares de publicaciones de las primeras ediciones de obras científicas impresas en España (1475-1600)"; etc.

Una importante bibliografía concluye el conjunto. Se trata de una bibliografía crítica por temas. Me atreveré a emitir alguna crítica. El libro carece de una conclusión general más amplia. Por otra parte, si el índice de materias se refiere puntualmente a todos los numerosos capítulos, echamos de menos un índice onomástico, y también un índice especial de tablas : esos detalles que pueden parecer menores son de suma importancia tratándose de este tipo de libro,

que es de los que se leen de una vez, pero permanecen luego a la vista para alguna consulta posterior del investigador. También echamos de menos —pero no es crítica, ya que se podía difícilmente aumentar el volumen de la obra— un apéndice con algunos textos científicos tales como el que hemos citado anteriormente, de Fernández de Oviedo o como el de la página 419 sobre el microscopio. Éstas son las pocas críticas que nos parece pueden hacerse a una obra que por la erudición y la amplitud de vistas de su autor, merece todas las alabanzas, y cuya lectura no podemos menos de recomendar.

Arnaldo LEAL